

Vidas económicas. Cómo la cultura da forma a la economía

Viviana A. Zelizer. Madrid: CIS Colección Clásicos Contemporáneos, 2015

Pablo Rodríguez González

Universidad de La Laguna

prodrigg@ull.es

Viviana Zelizer es una de las autoras más relevantes del fecundo panorama actual de la sociología económica. En este libro recopila veinte ensayos cortos (artículos, capítulos de libro, conferencias) que intentan sintetizar una trayectoria de treinta años de investigación en torno a las bases culturales de los comportamientos económicos. En su indagación, Zelizer ha ido recorriendo distintas temáticas que dan lugar a las cinco primeras partes en las que se agrupan los textos: las cuestiones morales implícitas en la valoración de las vidas humanas, el uso de significados sociales del dinero, los aspectos económicos de las relaciones íntimas (y los aspectos íntimos de las relaciones económicas), la economía de la asistencia y los circuitos de comercio. A ellas se suma una sexta parte que incluye trabajos con reflexiones más amplias sobre la sociología económica.

Un primer aspecto a destacar del trabajo de Zelizer es su estilo fresco y directo, que la traducción ha sabido mantener aunque en ocasiones el resultado no sea del todo satisfactorio. Este estilo, simple pero no simplista, le permite transitar por algunos de los debates más relevantes de la sociología contemporánea dejando interesantes aportaciones. A grandes rasgos, estas aportaciones se dividen entre las críticas a los enfoques precedentes sobre los fenómenos económicos, las propuestas de categorías analíticas para abordar distintos ámbitos de las vidas económicas “reales” y la proposición de agendas o planes de investigación para examinar conjeturas derivadas de lo anterior.

El ejemplo más claro del primer tipo de contribuciones de Zelizer es su aguda y persistente crítica de la concepción dominante en las Ciencias Sociales sobre la mercantilización y sus efectos sociales. Las raíces de esta concepción las encuentra

en los planteamientos de Weber y Simmel sobre el carácter abstracto y universalizador del dinero y su capacidad para deshumanizar las relaciones sociales en las que interviene. Esta distinción ha permeado, a juicio de Zelizer, gran parte de los enfoques posteriores sobre el papel del dinero y las finanzas en la configuración de las relaciones sociales, presuponiendo la existencia de *mundos separados* de la economía y las relaciones interpersonales. Esta concepción distingue dos esferas diferenciadas de comportamiento social: racional utilitario, amoral y despersonalizado para los intercambios económicos en los que interviene el dinero e irracional, orientado por valores morales y atento a los vínculos particulares con el otro en las relaciones interpersonales. Para la autora esta nítida distinción es, cuando menos, poco realista para dar cuenta del “enrevesado problema de reconciliar las actividades económicas con las exigencias y conflictos de las sutiles relaciones interpersonales” (p. 18). Sin embargo, encuentra que está vigente en multitud de ámbitos, desde el sentido común hasta los axiomas de la Economía, pasando por las normas jurídicas, las teorías sociológicas o las políticas sociales.

Para poner en evidencia la debilidad de esta tesis de los mundos separados, Zelizer aplica su particular y efectivo enfoque microsociológico a determinadas situaciones y ámbitos en los que las fronteras entre ambos mundos se entrecruzan. El primero de estos temas es la valoración económica de las vidas humanas, en particular de los niños, que es abordado mediante el análisis de la evolución histórica de los seguros de vida en Estados Unidos. En un ejemplo canónico de análisis institucionalista, la autora muestra como la difusión de la innovación financiera (los seguros de vida)

se vio condicionada por la presencia de valores morales que hacían problemática la legitimidad de la práctica (obtener dinero de la muerte de un hijo). Siguiendo los cambios en los discursos que construyen el significado del seguro, desde la remuneración por la pérdida de una inversión económica para las clases bajas de la segunda mitad del *xix* a la compensación por un daño emocional irreparable para las clases medias de mediados del *siglo xx*, Zelizer muestra la naturaleza relativa y cambiante de la separación tajante entre vínculos familiares e intercambios económicos.

Una mayor carga teórica tienen sus investigaciones en torno al significado social del dinero. Aquí Zelizer confronta la noción teórica convencional (un medio fungible inconsútil cuyas unidades son plenamente intercambiables) con el análisis empírico de las prácticas cotidianas de uso del dinero. Su conclusión es tajante: la gente usa el dinero de formas totalmente contrarias a las que plantea la teoría. El dinero no es usado como un medio de intercambio universal sino que es *afectado* mediante distintas prácticas que limitan su intercambiabilidad. Más aún, frente a la idea de la capacidad del dinero para anonimizar las relaciones en las que interviene, central en la tradición marxista, Zelizer plantea justo lo contrario: la gente usa el dinero de maneras diversas para marcar relaciones sociales distintas. Resultan particularmente interesantes algunos de los conceptos desarrollados en esta parte: las *monedas especiales*, fondos separados en función de su procedencia o destino que no solo incorporan normas morales sobre el uso correcto del dinero sino que también actúan como “medios de trabajo relacional” (p. 127), de forma que “cada dinero especial está formado por distintas redes de relaciones sociales y sistemas de significado variables” (p. 161); las consideraciones respecto al *dinero doméstico* como fondo especial, sujeto a un conjunto de reglas diferentes a las del mercado enraizadas en las creencias sobre la familia, la estructura de poder de género y la clase social (p. 158); la distinción de distintos tipos de pago económico (compensación, derecho y regalo) y su utilización práctica para marcar distintos tipos de relación social (por ejemplo, diferenciando los regalos de cortejo de la compensación por servicios sexuales en la prostitución).

Zelizer es plenamente consciente de que sus planteamientos van en contra de la concepción “utilitarista” del dinero que comparten la economía neoclásica y la economía política marxista. Su crítica va más allá de señalar la falta de realismo de la separación entre relaciones interpersonales e intercambios monetarios al hacer énfasis en que la tesis de los mundos separados implica con frecuencia que también constituyen mundos *hostiles*. Pone de manifiesto que el pesimismo de los clásicos al vincular la mercantilización con la despersonalización del medio social daba por su puesta una cualidad natural del dinero cuyos efectos prácticos pueden ser sumamente contingentes. La reivindicación del enfoque sociológico para dar cuenta de este problema es brillante: no se trata de que la racionalidad limitada de los individuos les lleve a utilizar heurísticos de contabilidad mental para manejar el dinero, como plantea la economía cognitiva, es que estos sistemas de contabilidad están enraizados en estructuras de significado y poder. Más aún, plantea que las personas no son ejecutantes pasivos de lo que marcan dichas estructuras, sino que son agentes activos que usan los significados y prácticas que estas proveen como herramientas culturales con las que dan sentido a las relaciones sociales que enmarcan los intercambios económicos.

Esta importante aclaración ejemplifica su otra aportación crítica: el rechazo a las explicaciones que denomina “*No ... sino*”, en las que los modelos y mecanismos económicos son sustituidos por determinantes culturales o políticos que aparecen como la causa última de los fenómenos a explicar. Al cambiar los equilibrios entre ofertantes y demandantes utilitaristas por la fuerza coercitiva de una determinada configuración de valores o las diferencias de poder entre los actores para explicar los comportamientos económicos, nos dice Zelizer, alternamos entre concepciones simplistas de fenómenos en los que todos estos factores interactúan de forma contingente creando cauces para una acción que es, no obstante, llevada a cabo en último término por las personas en sus interacciones cotidianas.

Centrándose en la diversidad de formas con las que la gente maneja el dinero en sus relacio-

nes interpersonales y cómo varían dichas formas en función de los contextos históricos y sociales, la autora nos muestra que la mercantilización de un ámbito de la vida social no conduce necesariamente a su despersonalización ni a la disolución de los vínculos afectivos o emotivos que lo constituyen en transacciones entre agentes egoístas. Tampoco convierte los comportamientos en dicho ámbito en epifenómenos de los arquetipos simbólicos de la cultura o de los intereses del grupo dominante, como tiende a concluirse cuando se combinan la tesis de los mundos hostiles con las explicaciones No ... sino. Zelizer muestra en sus análisis históricos cómo distintos colectivos, con especial atención a las mujeres, han recurrido de forma creativa a distintas prácticas de afectación del dinero para limitar o encauzar sus problemáticas propiedades: constituyendo fondos o huchas separadas que reducen la fungibilidad, empleando medios de pago no convencionales de circulación restringida (fichas, cupones, vales, etc.) o actuando sobre las cualidades simbólicas de los pagos para ganar autonomía o estatus.

Las partes tercera y cuarta desarrollan, de forma algo reiterativa, la crítica al enfoque de las esferas separadas o mundos hostiles y a las explicaciones No ... sino centrándose en dos lugares especiales de investigación: los intercambios económicos en las relaciones íntimas y la mercantilización de las relaciones de asistencia. En su búsqueda de ámbitos de la vida social en los que las esferas separadas de la economía y la intimidad se tocan necesariamente, Zelizer comienza atendiendo a las transacciones sexuales (cap. 10) y las actividades económicas de los niños en el seno de las relaciones familiares (cap. 11), para pasar posteriormente a un conjunto más amplio de relaciones íntimas, entre las que se incluyen las relaciones afectivas en los lugares de trabajo (cap. 12) y las diferencias entre distintos tipos (mercantilizados o no) de relaciones de asistencia (caps. 13 y 14). Se combinan nuevamente agudas reflexiones conceptuales con análisis empíricos muy bien planteados, destacando una mayor madurez en comparación con los trabajos precedentes a la hora de articular su discurso con los debates políticos y teóricos que se dan en esos ámbitos.

Sus planteamientos sobre la *economía de la asistencia* proporcionan una muestra de su capacidad para conjugar compromiso político y capacidad analítica. La autora parte aquí de una definición relacional y amplia de la *asistencia*: relaciones de cuidado que “presentan una atención personal continua y/o intensa que mejora el bienestar de sus beneficiarios”. Dado que esta noción abarca multitud de actividades, desde “intercambios informales entre vecinos para hacer de canguro hasta los altos salarios de los médicos” (p. 331) su investigación busca dar respuesta a la pregunta de por qué unas actividades de asistencia obtienen una elevada remuneración económica mientras que en otras es baja o se considera inadecuada. La tesis de los mundos hostiles (la remuneración económica corrompe la autenticidad de la asistencia) viene a consagrar en el sentido común, las políticas sociales y los análisis científicos una determinada economía política de la asistencia que minusvalora sus aspectos menos agradables adjudicándolos al trabajo no remunerado de las cuidadoras familiares o al trabajo mal remunerado de cuidadoras inmigrantes mientras otras actividades asistenciales (p.e. cuidados médicos, asesoramiento jurídico o fiscal) gozan de mayor remuneración. Zelizer aborda cómo este argumento se ha usado con frecuencia para oponerse a iniciativas políticas que buscaban la visibilización y valorización del trabajo femenino de asistencia mediante su remuneración económica. En esta misma línea, no plantea que la intersección entre las relaciones de asistencia y las relaciones económicas no sea problemática, sino que los distintos tipos de relaciones de asistencia se combinan con distintos tipos de transacciones económicas, por lo que se hace preciso superar la dicotomía para buscar “conjuntos justos y no coercitivos de transacciones económicas para distintos tipos de relaciones de asistencia” (p. 334).

Continuando con la profundización en los usos del dinero y el comportamiento *real* en las interacciones económicas, en la quinta parte del libro se aborda el concepto de *circuitos de comercio*. Propone este concepto como una ruptura con la dicotomía entre mercado y jerarquía en las formas de organización económica, refiriéndose a “una estructura que combina sus propias actividades

económicas, medios, sistemas de contabilidad, relaciones interpersonales, fronteras y significados” (p. 373). Zelizer plantea que se trata de una noción distinta de la de red, ya que no solo incluye lazos y relaciones particulares sino también “una frontera, materiales culturales distintivos y formas particulares de transferencia y medios” (p. 385). Defiende que los circuitos se aplican a multitud de *acuerdos* económicos contemporáneos, centrándose en las monedas locales y el intercambio de cuidados (cap. 15) y las redes transnacionales de intercambio de base étnica (cap. 16). La autora desarrolla la idea de la incrustación delimitando una forma institucionalizada de establecer acuerdos (contratos) de intercambio económico que suma a la confianza o reputación generada por la red de relaciones un espacio exclusivo para los miembros del circuito en el que los valores, creencias y normas compartidas dotan de un significado particular a los intercambios y a los medios de pago utilizados. Los circuitos pueden permitir a los colectivos que los integran acceder a recursos que los mercados les niegan, constituyendo espacios para el ejercicio de cierta solidaridad limitada.

En la última parte del libro, Zelizer recoge cuatro artículos con reflexiones sobre la sociología económica y propuestas para extender sus áreas de investigación. Parte del examen del estado de la sociología económica en 1988 (cap. 17), planteando que la crítica a la falta de realismo de la teoría económica ortodoxa debe avanzar proponiendo teorías y planes de investigación que concreten el papel de los factores extraeconómicos. Analiza tres posturas sobre las influencias culturales y sociales en el mercado —el mercado ilimitado, el mercado subordinado y los mercados múltiples— concluyendo que solo la última de ellas es capaz de ofrecer alternativas viables al modelo del mercado puramente económico. Esta teoría de los mercados

múltiples debería proporcionar “una vía intermedia teórica entre el absolutismo cultural y el socio-estructural [que capture] el juego complejo entre los factores económicos, culturales y socio-estructurales” (p. 455), siendo sus investigaciones intentos de aplicar dicha perspectiva a mercados concretos —seguros, niños— en los que los factores extraeconómicos eran especialmente relevantes. Veinte años más tarde (2008, cap. 18), Zelizer celebra que las explicaciones de extensión (TER) y contexto (incrustación) se hayan visto complementadas por el desarrollo de enfoques y líneas que exploran ámbitos económicos distintos de las empresas y los mercados en los que solían centrarse los sociólogos económicos y del progresivo desplazamiento de las explicaciones de los mundos hostiles por planteamientos No . . . sino o visiones más interactivas. Los dos últimos capítulos sitúan el foco en dos de esos ámbitos: el consumo y su análisis sociológico y los códigos éticos de las empresas.

A modo de balance general, el libro recopila los hitos fundamentales de la trayectoria de la autora, pero considero que la acumulación de artículos sucesivos que retoman argumentos y temáticas ya tratados hace que la lectura se haga por momentos tediosa. Por otra parte, creo que la riqueza de la perspectiva de Zelizer encaja mal en el formato artículo y resulta mucho más convincente en sus libros, algunos ya traducidos a nuestra lengua. En cualquier caso, la obra puede servir tanto para introducirnos en el trabajo de Zelizer, juntando sus textos más destacados, como para profundizar en algunos de los temas que aborda, gracias a la amplia bibliografía con la que dialoga. Hay mucho que aprender de esta autora, no solo de sus contribuciones sustantivas a una microsociología de las relaciones económicas sino también de su talante investigador, su capacidad para articular el detalle etnográfico con el rigor conceptual y el compromiso moral.